



## CAPÍTULO X

### La guerra. La Vendée. Traición de Dumouriez

**L**A guerra tomaba mal aspecto al principio de 1793: los triunfos del otoño precedente no se sostuvieron, y para emprender nuevamente la ofensiva se necesitaban grandes alistamientos, y los alistamientos eran ya escasos (1). En febrero de 1793 se calculaba que se necesitarían lo menos 300.000 hombres para cubrir las bajas en el ejército y elevarle al efectivo de medio millón; pero no se podía contar ya con los voluntarios. Algunos departamentos (el Var y la Gironda) enviaban batallones, casi ejércitos, pero los otros, indiferentes, no hacían nada.

(1) Indudablemente sabía el pueblo que los voluntarios de 1792 no habían sido bien recibidos en el ejército por los estados mayores y por los generales, todos realistas. Según Avenel, que consultó los archivos de la guerra, había empeño entre los jefes para ver quién conservaba menor número de voluntarios. Se les trataba de «desorganizadores» y de cobardes, se les fusilaba a la primera falta, se excitaba contra ellos la tropa de línea. (*Lundis révolutionnaires*, p. 8.)

En tal situación, la Convención se vió forzada a ordenar una leva obligatoria de 300.000 hombres, repartidos entre todos los departamentos, y en cada departamento entre los distritos y los municipios. Estos debían recurrir ante todo a los voluntarios; pero si este recurso no diera el número suficiente de hombres, el municipio había de reclutar el resto del modo que le pareciera más conveniente, es decir, por la suerte o por designación personal, con facultad de reemplazamiento. Como aliciente para el alistamiento, la Convención no sólo prometió pensiones, sino que dió a los pensionistas la facultad de comprar bienes nacionales pagándoles con su pensión, a razón de un décimo, cada año, del precio total del bien comprado. Por medio de esta operación se asignaron bienes nacionales por valor de 400 millones (1).

Sin embargo, faltaba el dinero, y Cambon, hombre de honradez absoluta que ejercía la dictadura de la hacienda, se vió obligado a hacer una nueva emisión de 800 millones de asignados; pero las propiedades más aprovechables de los curas, que eran las tierras, habían sido ya vendidas, y las de los emigrados no se vendían fácilmente; se temía comprar ante la duda de que las propiedades compradas volverían a sus antiguos dueños a la vuelta de los emigrados a Francia. En tal situación, la Tesorería de Cambon atendía con las mayores dificultades a las necesidades siempre crecientes de los ejércitos (2).

Además, la mayor dificultad de la guerra consistía en los generales, afectos casi todos a la contrarrevolución, sin que el sistema de elección de oficiales, recientemente adoptado por la Convención, pudiera dar jefes superiores hasta pasado algún tiempo. Por el momento, los generales no inspiraban confianza, y, en efecto, la traición de Lafayette fué pronto seguida por la de Dumouriez.

Michelet dice con razón que cuando Dumouriez salió de París,

(1) El todo quedó, no obstante, según parece, en estado de promesas. (Véase G. Avenel, *«Biens nationaux», Lundis révolutionnaires.*)

(2) Algunas secciones revolucionarias de París ofrecieron entonces hipotecar todas sus propiedades para servir de garantía a los asignados. Esta proposición fué desechada, pero contenía una idea profunda. Si una nación hace la guerra, es preciso que el propietario soporte su peso lo mismo y aun más que el asalariado.

algunos días después de la muerte de Luis XVI, para ponerse al frente de su ejército, llevaba ya la traición en su corazón. Había visto el triunfo de la Montaña, y debió comprender que la ejecución del rey abría una nueva fase en la Revolución. Los revolucionarios le inspiraban odio, y debió comprender que su idea de adoptar la Constitución de 1791, con un Orleans sobre el trono, no podría realizarse sino con el apoyo de los austriacos, y ese pensamiento decidirla su traición.

En aquel momento Dumouriez se hallaba muy ligado con los girondinos y hasta en intimidad con Gensonné, con quien siguió relacionándose hasta abril; pero sin romper con los montañeses, que desconfiaban de él,— Marat le trataba abiertamente de traidor —, pero no se sentían bastante fuer-

tes para atacarle. Se habían glorificado tanto las victorias de Valmy y de Jemmapes; era tan poco conocido el asunto de la retirada de los prusianos, y los soldados, sobre todo los regimientos de línea, querían tanto a su general, que atacarle en aquellas condiciones era arriesgarse a enemistarse con el ejército, que Dumouriez hubiera podido inclinar contra París y contra la Revolución. Fué, pues, preciso esperar y vigilar.

Sobrevino la guerra con Inglaterra. En cuanto llegó a Londres la noticia de la ejecución de Luis XVI, el gobierno inglés entregó sus pasaportes al representante de Francia, ordenándole salir del Reino Unido. Pero la ejecución del rey, sea dicho de paso, no era más que un pretexto. Sábese, en efecto, por Mercy, que el gobierno inglés



DUMOURIEZ

no fué tan benévolo con los realistas franceses y que nunca quiso prestarles su apoyo. Inglaterra juzgó sencillamente que era aquel el momento oportuno para destruir la rivalidad marítima de Francia, despojándola de sus colonias y quizás de un gran puerto; de debilitarla en todo caso por el mar para mucho tiempo, y el gobierno inglés aprovechó la impresión producida por la ejecución del rey para inclinarse a la guerra.

Desgraciadamente los políticos franceses no comprendieron lo que, desde el punto de vista inglés, había de inevitable en aquella guerra. No solamente los girondinos — sobre todo Brissot, que se preciaba de conocer Inglaterra —, sino también Danton, esperaban que los liberales, los whigs, de los cuales una parte se entusiasmaban por las ideas de libertad, derribarían a Pitt e impedirían la guerra; pero en realidad, toda la nación inglesa se halló pronto unida cuando comprendió las ventajas mercantiles que podría sacar de la guerra. Se ha de reconocer también que los diplomáticos ingleses supieron utilizar hábilmente las ambiciones de los hombres de Estado de Francia: a Dumouriez le hacían creer que era su hombre, el único con quien pudieran tratar, prometiéndole apoyo para restablecer la monarquía constitucional; y a Danton le infundieron la esperanza de que los whigs podrían volver al poder, y entonces harían la paz con la Francia republicana (1). En general maniobraron de manera que resultó Francia causante cuando la Convención en 1.º de febrero declaró la guerra al Reino Unido.

Esa declaración cambió por completo la situación militar. Hacíase necesaria la ocupación de Holanda, para impedir por allí el desembarco de los ingleses, lo que Dumouriez no hizo en el otoño anterior, a pesar de la insistencia de Danton, tomando en diciembre sus cuarteles de invierno en Bélgica, y esto, como es natural, indispuso a los belgas contra los invasores franceses. Lieja era su principal depósito militar.

No conocemos todavía el fondo de la traición de Dumouriez;

(1) Albert Sorel. *L'Europe et la Révolution française*, 3.ª parte, Paris, 1891, lib. II, c. II, p. 373 y sigs. — Avenel, l. c.

pero es muy probable, como dice Michelet, que el general se decidiera cuando volvió a su ejército el 26 de enero. Su marcha de fin de febrero sobre Holanda, cuando se apoderó de Breda y de Gertruydenberge, parece haber sido ya una maniobra concertada con los austriacos.

En todo caso, aquella marcha fué utilísima para ellos, que entraron en Bélgica el 1.º de marzo, y se apoderaron de Lieja, cuyos habitantes en vano pidieron armas a Dumouriez. Los patriotas liejenses hubieron de huir, mientras el ejército francés se hallaba en plena derrota, desbandado; los generales no querían ayudarse mutuamente, y Dumouriez hallábase lejos, en Holanda: los austriacos no



SOLDADO FRANCÉS

podían estar mejor servidos. Compréndese el efecto que esta noticia causaría en París, mucho más teniendo en cuenta que fué seguida de otras noticias no menos graves: el 3 de marzo se supo que en Bretaña había de estallar un movimiento contrarrevolucionario; al mismo tiempo que en Lyon los batallones reaccionarios de los «Hijos de familia» hacían, como ya hemos visto, un movimiento contra el Municipio revolucionario; precisamente en el momento en que los emigrados, reunidos en Turín, pasaban la frontera y

entraban armados en Francia, con el apoyo del rey de Cerdeña. Por último, el 10 de marzo se levantaba la Vendée. Era evidente que esos diversos movimientos formaban parte, como en 1792, de un vasto plan de conjunto de los contrarrevolucionarios, y nadie dudaba en París que Dumouriez, ganado a la contrarrevolución, trabajaba para ella.

Danton, que a la sazón se hallaba en Bélgica, fué llamado apresuradamente. Llegó a París el 8 de marzo y pronunció una de aquellas poderosas excitaciones a la concordia y al patriotismo que hacían vibrar los corazones, y el Municipio enarboló otra vez la bandera negra. De nuevo fué declarada la patria en peligro.

Los voluntarios se alistaban apresuradamente, y en la noche del día 9 se celebró una cena cívica, al aire libre, en las calles, de la que participó una gran masa organizada y dispuesta a partir al día siguiente. Pero faltaba el entusiasmo juvenil de 1792: una lúgubre energía animaba a las pobres gentes de los arrabales; el furor roía sus corazones a la vista de las luchas políticas que desgarraban la nación. «Se necesitaba un motín en París», hubiera dicho Danton, y, en efecto, bien hubiera venido uno para sacudir el entorpecimiento que se había apoderado del pueblo y de las secciones.

Para hacer frente a las dificultades verdaderamente terribles que envolvían la Revolución, para subvenir a los inmensos gastos impuestos a Francia por la coalición de los contrarrevolucionarios en el exterior y en el interior, era preciso que la Revolución pusiera a contribución las fortunas burguesas que se iban formando por efecto de la Revolución misma.

Mas precisamente eso era lo que los gobernantes no querían admitir; de una parte, por principio — considerábase la acumulación de grandes fortunas *privadas* como el medio de enriquecer la *nación* —; de otra parte, preciso es reconocerlo, a causa del temor que les inspiraba un levantamiento más o menos general de los pobres contra los ricos en las grandes ciudades. Las jornadas de septiembre, — sobre todo las de los días 4 y 5 en el Châtelet y en la Salpêtrière —, estaban todavía frescas en las memorias. ¿Qué hubiera

sucedido si una clase, todos los pobres, se hubieran lanzado contra otra, contra todos los ricos, toda la gente bien acomodada? ¡La guerra civil en cada ciudad! Y esto con la Vendée y la Bretaña rebeldes al oeste, sostenidas por Inglaterra, por los emigrados de Jersey y por el papa con todos los curas; y al norte con los austriacos, y el ejército de Dumouriez, dispuesto a seguir a su general y marchar a París contra el pueblo.

Ante esa consideración los «jefes de opinión» de la Montaña y del Municipio se esforzaron en apaciguar el pánico, haciendo creer



BATALLA DE NERWINDE

que consideraban a Dumouriez como un republicano digno de confianza. Robespierre, Danton y Marat, constituyendo una especie de triunvirato de opinión y apoyados por el Municipio, hablaron en ese sentido. Todos trabajaron de común acuerdo para reavivar los ánimos, excitar el entusiasmo y crear una fuerza para rechazar la invasión que se anunciaba, mucho más peligrosa que la de 1792. Todos no: ¡la Gironda sólo pensaba en los «anarquistas», a los que quería exterminar a toda costa!

El 10 de marzo, por la mañana, se temía en París una repetición de las jornadas de septiembre; pero la ira popular derivó hacia los periodistas amigos de Dumouriez, y una turba se dirigió a las principales imprentas girondinas, la de Gorzas y la de Fievé, donde rompió las prensas.

En el fondo, lo que quería el pueblo, inspirado por Varlet, Jacques Roux, Fournier el Americano y otros «rabiosos», era la depuración de la Convención; pero contra ese propósito surgió en las secciones la inútil demanda de un tribunal revolucionario. Pache y Chaumette se presentaron el día 9 en la Convención a exigirle, y entonces Cambaceres, el futuro «archi-consejero del Imperio», propuso que la Convención, abandonando las ideas corrientes sobre la división de los poderes — legislativo y judicial —, se apoderase de este último e instituyera un tribunal especial para juzgar a los traidores.

Robert Lindet, abogado de la vieja escuela monárquica, propuso sobre este asunto la formación de un tribunal compuesto de jueces nombrados por la Convención, encargados de juzgar aquellos que la Convención les presentara; no quería jurados; y después de largos debates se decidió reforzar los cinco jueces nombrados por la Convención con doce jurados y seis asistentes tomados en París y en los departamentos inmediatos, y nombrados también por la Convención todos los meses.

De ese modo, en lugar de medidas destinadas a reducir el agiotaje y a poner los artículos de consumo al alcance del pueblo; en vez de una depuración de la Convención que hubiera eliminado los miembros siempre opuestos a las medidas revolucionarias, y lejos de adaptar los acuerdos de carácter militar, necesarios por la traición ya casi confirmada de Dumouriez, la insurrección del 10 de marzo sólo produjo un tribunal revolucionario. Al espíritu creador y constructivo de la Revolución popular que buscaba sus vías, se opuso el espíritu policíaco que había de sofocar al otro.

En aquel momento, la Convención iba a separarse, cuando Danton se lanza a la tribuna, detiene a los representantes en el momento de salir de la sala, y les recuerda que el enemigo estaba en las fronteras y aun no se había hecho nada.

En aquel mismo día, los campesinos de la Vendée, excitados por los curas, comenzaron la insurrección general y la matanza de republicanos. La sublevación venía preparada desde larga fecha, principal-

mente por los curas, a instigación de Roma. Ya hubo un conato de insurrección en agosto de 1792, cuando entraron los prusianos en Francia. Desde entonces quedó Augers convertido en el centro político de los curas refractarios, y las hermanas de la Prudencia y otras servían de emisarias y transmisorias a los curas para circular sus excitaciones a la rebeldía y despertar el fanatismo, propagando narraciones de supuestos milagros (Michelet, lib. X, c. v). A la sazón,



ENTREVISTA DE MARAT Y DUMOURIEZ

el reclutamiento de hombres para la guerra, promulgado el 10 de marzo, dió la señal de la sublevación general. En seguida, por iniciativa de Cathelineau, campesino albañil y sacristán de su parroquia, y después uno de los jefes de partida más audaces, se estableció un consejo superior, dominado por los curas y dirigido por el presbítero Bernier.

El día 10 se tocó a rebato en centenares de parroquias, y cerca de 100.000 hombres abandonaron sus trabajos para comenzar la caza de republicanos y curas constitucionales. Verdadera caza, dice Michelet; exterminio en regla, en que se hacía sufrir a los suplicados sufrimientos atroces, matándolos a pequeños golpes y negán-

dose a rematarlos para prolongar su agonía, o abandonando los atormentados a las tijeras de las mujeres y a las manos de los niños, que prolongaban los martirios. Todo eso, bajo la dirección de los curas, iba acompañado de milagros para excitar a los campesinos a matar también a las mujeres de los republicanos. Los nobles, con sus amezonas realistas, vinieron después; y cuando aquellas gentes «honradas» se decidieron a nombrar un tribunal para exterminar a los republicanos, éste en seis semanas hizo ejecutar quinientos cuarenta y dos patriotas (1).

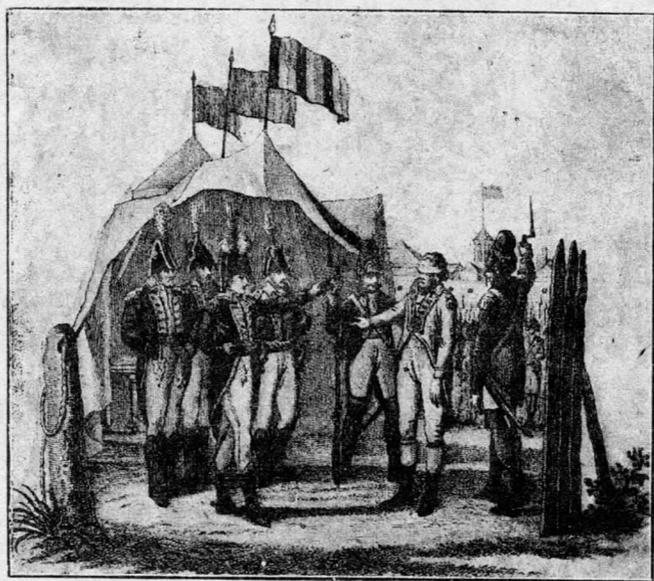
Por toda resistencia a tan salvaje insurrección, la República sólo disponía de 2.000 hombres diseminados en toda la baja Vendée, desde Nantes a la Rochela. Hasta fin de mayo no llegaron al territorio insurrecto las primeras fuerzas organizadas de la República; hasta entonces la Convención no pudo oponer más que decretos: ¡la muerte y la confiscación de bienes para los nobles y los curas que no abandonaran la Vendée en el plazo de ocho días! ¿Pero quién tenía la fuerza necesaria para ejecutar esos decretos?

No iban mejor las cosas en la región del este, donde el ejército de Custine se batía en retirada; mientras que en Bélgica, Dumouriez, desde el 12 de marzo, se declaraba en franca rebeldía contra la Convención, enviando desde Lovaina una carta, que se apresuró a dar a la publicidad, en la que reprochaba a Francia su crimen de haberse anexionado Bélgica, de haber querido arruinarla introduciendo en ella los asignados y la venta de bienes nacionales, etc. Seis días después atacó las fuerzas superiores de los austriacos en Neerwinde, se hizo derrotar por ellos, y el 22 de marzo, apoyado por el duque de Chartres y generales orleanistas, entró en negociaciones directas con el coronel austriaco Mack. Los traidores se comprometían a evacuar Bélgica

(1) «Cada día, escribía un cura *realista* refractario, Francisco Chevalier (citado por Chassin), se señalaba por expediciones sangrientas que horrorizaban a toda alma honrada » (recomendadas por curas en nombre de su religión). « Se había llegado a decir públicamente que era indispensable y esencial para la paz no dejar un solo patriota en Francia. A tal punto había llegado el furor popular, que bastaba haber asistido a la misa de un cura intruso para ser preso, y en seguida acuchillado o fusilado so pretexto de que las cárceles estaban llenas, como el 2 de septiembre. » En Machecoul, donde habían matado 542 ciudadanos patriotas, hablaban de matar las mujeres. Charette impulsaba a ello a los campesinos fanáticos.

sin combate y a marchar sobre París para restablecer la monarquía constitucional. En caso necesario, se harían ayudar por los austriacos, que ocuparían, como garantía, una de las plazas fuertes de la frontera, Condé.

Danton, jugándose su cabeza, trató de impedir esa traición. No habiendo logrado decidir a dos girondinos, Gensoné, el amigo de



PARLAMENTARIO AUSTRIACO EN PRESENCIA DE GENERALES FRANCESES

Dumouriez, y Guadet, a que le acompañaran para que Dumouriez volviera al servicio de la República, partió solo el día 16 para Bélgica, a riesgo de ser él mismo acusado de traición. Halló a Dumouriez en plena retirada, después de Neerwinde, y comprendió que el traidor había tomado ya su partido. En efecto, ya se había comprometido con el coronel Mack a evacuar Holanda sin lucha.

París se enfureció cuando Danton, de vuelta el 29, adquirió la certidumbre de la traición de Dumouriez. El ejército republicano, el único que podía rechazar la invasión, marchaba quizá contra París para restablecer la monarquía. Entonces el Comité de insurrección, que

se reunía en el Obispado bajo la dirección de los «rabiosos», impulsó al Municipio: las secciones se armaron, se apoderaron de la artillería, y hubieran marchado contra la Convención si no hubieran prevalecido otros consejos para evitar el pánico. El 3 de abril se recibió la noticia definitiva de la traición de Dumouriez: había preso los comisarios enviados por la Convención. Felizmente no fué seguido por su ejército: el decreto de la Convención que ponía a Dumouriez fuera

de la ley y ordenaba la prisión del duque de Chartres, había llegado a los regimientos. Ni el general

ni el duque lograron decidir a los soldados, y Dumouriez hubo

de pasar la frontera, como Lafayette, y refugiarse en Austria.

Al día siguiente, él y los imperiales lanzaban un manifiesto en que el



SOLDADOS FRANCESES

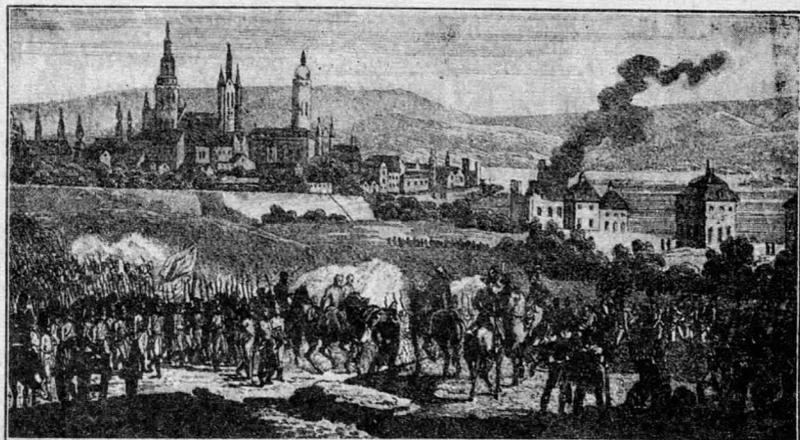
duque de Coburgo anunciaba a los franceses que venía a dar a Francia su rey constitucional.

En lo más fuerte de aquella crisis, cuando la incertidumbre acerca de la actitud del ejército de Dumouriez ponía en peligro la misma seguridad de la República, los tres hombres más influyentes de la Montaña, Danton, Robespierre y Marat, de acuerdo con los del Municipio, Pache, Hebert y Chaumette, obraron con perfecto acuerdo para impedir el pánico y sus tristes consecuencias.

Al mismo tiempo, la Convención, so pretexto de la «falta de unidad», que había dificultado hasta entonces la marcha general de la guerra, resolvió tomar por sí todo el poder ejecutivo, además del poder legislativo y judicial, y creó un *Comité de salud pública*, al que dió poderes muy extensos, casi dictatoriales; medida que fué de inmensa importancia para todo el desarrollo ulterior de la Revolución.

Ya hemos visto que después del 10 de agosto la Legislativa instituyó, bajo el nombre de «Consejo ejecutivo provisional», un ministerio encargado de todas las funciones del poder ejecutivo. Además,

en enero de 1793 la Convención creó un «Comité de defensa general», y como la guerra era en aquel momento lo esencial, aquel Comité tuvo un poder de vigilancia sobre el Consejo ejecutivo, lo que hizo de aquel Comité la rueda principal del mecanismo administrativo. A la sazón, para dar más cohesión al gobierno, la Convención instituyó un «Comité de salud pública», elegido por ella, y renovable cada tres meses, que había de suplantar al Comité de defensa y al Consejo



RENDICIÓN DE MAGUNCIA

ejecutivo. En el fondo, era la Convención misma que substituía al ministerio; pero, poco a poco, como era de esperar, el Comité de salud pública dominó a la Convención y adquirió en todas las ramas de la administración un poder que sólo compartió con el «Comité de seguridad general», encargado de los asuntos de policía.

En medio de la crisis que se desarrolló en abril de 1793, Danton, que hasta entonces había tomado la parte más activa en la guerra, fué el alma del Comité de salud pública, y conservó esa influencia hasta el 10 de julio de 1793, cuando presentó su dimisión.

Por último, la Convención, que desde el mes de septiembre de 1792 había enviado a los departamentos y a los ejércitos varios de sus miembros con el título de *Representantes en misión*, provistos de poderes extremadamente extensos, decidió enviar entonces ochenta

más, para reanimar la moral en provincias e impulsar a la guerra. Los girondinos se negaban generalmente a desempeñar esa función, ninguno de ellos fué a los ejércitos, y nombraban montañeses para esas misiones tan difíciles, quizá con la idea de obrar con más libertad en la Convención.

No fueron ciertamente aquellas medidas de reorganización de gobierno lo que impidió que la traición de Dumouriez produjera los efectos que hubiera producido si el ejército hubiera seguido a su general.

Para la nación francesa la Revolución poseía un encanto y un vigor que no dependía de la voluntad de un general. Al contrario, la traición tuvo por efecto dar a la guerra un nuevo carácter de guerra popular y democrático. Pero todo el mundo comprendió que solo Dumouriez no hubiera intentado jamás lo que había hecho. En París había de tener gran apoyo. Allí estaba la traición. *La Convención es traidora*, decía, en efecto, el mensaje del club de los jacobinos firmado por Marat, que presidía aquella noche.

Desde entonces la caída de los girondinos y el alejamiento de sus jefes de la Convención fueron inevitables. La traición de Dumouriez produjo forzosamente la insurrección que estalló en 31 de mayo.

